

**LA RETÓRICA DEL PODER EN *DESTINO*.
ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA (1939-1944)**

Blanca Ripoll Sintes
Universitat de Barcelona

Estudiar cómo la voluntad catequizadora del régimen se propagó a través de, entre otras muchas vías, la prensa periódica nos da la oportunidad de adentrarnos en el desarmamiento de los más íntimos resortes de los procedimientos de control ideológico del gobierno dictatorial franquista. Tomando como punto de partida el primer lustro del semanario *Destino*, ya en Barcelona (1939-1944), vamos a analizar los significantes y los contenidos concretos que sirvieron a un grupo de intelectuales y escritores –desde Vicens Vives a Josefina de la Maza, desde Concha Espina a Rafael Sánchez Mazas, pasando por Ignacio Agustí o Eugenio Nadal– como armas de enaltecimiento del régimen y como muestras de adhesión incondicional al mismo. Una retórica del poder que se extendería, como comprobaremos, hasta el territorio mismo de la creación literaria y hasta el dominio de la cotidianidad del pueblo español durante la primera posguerra.

Debido a la gran cantidad de artículos localizados, nos centraremos en este primer trabajo en las colaboraciones que la revista barcelonesa publicó entre 1940 y 1942 de la novelista santanderina Concha Espina y de su hija, Josefina de la Serna. De desigual calidad, los diversos artículos publicados comparten una voluntad estilística, estética e ideológica que trascienden los meros posicionamientos individuales y se insertan en los programas ideológicos que el régimen emprendió durante el primer lustro de la posguerra y que se suavizarían tras la pérdida en la II Guerra Mundial del bloque germanófilo y, ya en los años cincuenta, ante la necesidad del gobierno franquista de verse legitimado a nivel internacional.

De forma casi paralela al principio, la revista *Destino*, nacida bajo las alas ideológicas del Servicio de Prensa y Propaganda de Burgos durante la guerra civil (en 1937), va a situarse durante este primer quinquenio como vocera de las voluntades del régimen. Las voces preponderantes en el seno del semanario serán las de su director, Ignacio Agustí, y las de su redactor jefe, Eugenio Nadal, falangista militante. Es muy

claro, a este respecto, el recuerdo de Ángel Zúñiga, colaborador de la revista en la sección cultural: «Eugenio Nadal, buena persona, casi siempre vestía la camisa azul (...). Un día escribí un artículo muy proaliado. Eugenio me lo rechazó con bastante insolencia»¹.

A su vez, en la sección de política nacional e internacional algunos artículos de Jaume Vicens Vives (con el pseudónimo de «Lorenzo Guillén») o de Manuel Brunet (como «Romano») nos daban la clave de la germanofilia que ostentó *Destino* sin excesivos reparos hasta la victoria aliada en la segunda batalla de El Alamein, ofensiva que en noviembre de 1942 decantaba el resultado de la guerra de forma importante. Y será, precisamente, entre agosto y noviembre de aquel mismo año cuando dos colaboradoras finalizarán su presencia en el semanario barcelonés. Estamos hablando de la novelista montañesa Concha Espina y de su hija, Josefina de la Serna (que firmaría todas sus obras como «Josefina de la Maza»). Ambas van a ofrecer un tipo de colaboración heterogénea, que sume géneros como el ensayo, el relato breve, la crónica de viajes o el artículo de reconstrucción histórica, y una misma visión de la realidad: la perspectiva monolítica, sin fisuras, auspiciada por el Servicio de Prensa y Propaganda del gobierno del general Franco.

Vayamos por partes.

Concha Espina, novelista con obra anterior a la guerra, en la que se había forjado un estilo propio, suma de realismo y descripción lírica, con enorme hincapié en la labor psicológica a la hora de forjar a sus personajes, participará de forma activa durante la posguerra en la vida cultural más cercana y afín al régimen. Tras publicar la novela *Retaguardia* (1937) –en la que la novelista santanderina nos da su particular visión de la guerra civil en su ciudad natal–, no será hasta 1941 cuando publique su primera novela después de la contienda: *Princesas del martirio* (Ediciones Armiño, Barcelona), novela casi hagiográfica, mitad reportaje, mitad crónica bélica. De 1945 será *Victoria en América* (Editora Nacional, Madrid) y de 1949, *Un valle en el mar* (Imp. Aldus, Santander). Moral y literatura van de la mano de la producción literaria de Concha Espina, a la par que ofrece una visión eminentemente partidaria y laudatoria del gobierno franquista. Con el tiempo, tanto el modelo narrativo como la retórica –cada vez más excesivamente lírica– de la escritora cántabra fueron alejándose de la

¹ ZÚÑIGA, Á.: *Mi futuro es ayer*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 122.

demanda general de lectores y críticos en la España de la posguerra. Coherente con sus ideas y con su apuesta estética hasta su muerte, mantuvo hasta entonces una concepción de la literatura como la expresión sesgada y estilizada –hermoseada, cuando convenía a la autora– de la realidad.

No es gratuito que hayamos evocado la producción literaria, su apuesta ética y estética, pues son numerosos los puentes tendidos entre esta y su colaboración en prensa –y, en nuestro caso, su colaboración en la revista *Destino*–.

En primer lugar, cabe destacar la mixtificación genérica. Rasgo característico de la modernidad, en el caso de Espina responde al uso –y abuso, en numerosas ocasiones– de los esquemas evolucionados de la literatura de folletín decimonónica. En el caso de sus novelas, se entretajan fórmulas de la novela rosa, con las de la novela histórica o la de aventuras. En cuanto a sus colaboraciones en el semanario barcelonés, se combinan como hebras de un gran tapiz las características propias del relato breve, del ensayo o artículo de opinión, de la prosa poética, de la crónica de viajes y del artículo histórico, si bien en todos los casos no muestra un apego excesivo a la verdad histórica de los hechos, con lo que el lector se halla ante recreaciones literarias con pequeñas píldoras de historia real.

Así, en el texto «Río Duero»² suma al lirismo descriptivo propio de la escritora montañesa, la combinación de geografía, historia y literatura que dio en identificar Castilla con España; Edad Media y Siglos de Oro, con la gran época dorada del Imperio español; y figuras como el Cid, Gonzalo de Berceo o San Juan de la Cruz con símbolos de los que, también sesgadamente, se apropió la ideología que difundió el franquismo. Mezcla particular que, no obstante, tiene sus raíces en el pensamiento español de finales del siglo XIX, que buscaba regenerar el país a través de la búsqueda de su esencialidad, de su autenticidad. De este modo, lo esencial, lo auténtico, adquirirá visos casi raciales y enormemente excluyentes: del mismo modo que en el Siglo de Oro se reivindicaba el castellano viejo, el franquismo buscará el español auténtico, mezcla de hidalgo castellano y superhombre nietzscheano, un hombre varonil, vigoroso y joven.

² ESPINA, C.: «Río Duero», *Destino*, 172 (1940), p. 10. El servicio de digitalización de publicaciones periódicas ARCA de la Biblioteca Nacional de Catalunya ofrece de forma pública y gratuita todos los números del semanario *Destino*, agrupados por años, a continuación por el número de la revista y, en última instancia, por páginas. Vid. Biblioteca Nacional de Catalunya – ARCA: <http://www.bnc.cat/digital/arca/> [vigente].

En esta línea, Concha Espina reflexiona con un lirismo que cae, las más de las veces, del lado de la cursilería, acerca de los múltiples simbolismos adjudicables al río Duero: columna vertebral que recorre Castilla, medula esencial de España, cuyos afluentes riegan los territorios más nobles del país. El Duero, como el hombre español auténtico, es heroico, recio, valiente y obstinado, tenaz y trabajador, fuerte y espiritual:

Obstinado cuando niño, ibérico hasta morir, fecundo en trascendencias españolas, el Duero realiza un destino atlántico, rebelde al surco geológico de su cuna, que parecía brizar una niñez mediterránea.

No ha sentido, como el Ebro, ensoñaciones exclusivamente latinas, encantos del mar azul. Sino que, recio y constante, en calidad de buen castellano, escuchó desde mozo la llamada heroica del otro mar, el camino verde y terrible. Y partió los senos profundos de Urbión, perfumándose de espliegos y manzanillas, para doblarse en un arco magnífico y cumplir su destino imperial³.

Conceptos como «destino», «imperio», «buen castellano» o «heroico», inundaron el discurso oficial del régimen, procedentes de la retórica que el grupo de «La Ballena Azul» –José Antonio, a la cabeza, con su discurso en el Teatro de la Comedia de Madrid, pronunciado el 29 de octubre de 1933, como texto insignia– creó como «estilo» –otro concepto muy al uso– propio, distintivo, de Falange. Y, del discurso oficial, fluyó hacia el discurso periodístico y el discurso literario, en especial durante este primer quinquenio que nos ocupa.

Además de los valores tradicionalistas, falangistas y católicos presentes en los textos de Espina, cabe señalar el particular estilo de la escritora santanderina. La excesiva retórica, su lirismo cursi y su romanticismo trasnochado no sólo responden a su caso individual, sino que son rasgos comunes a muchos otros escritores y periodistas de la época. Un estilo contra el que, pasado cierto tiempo, reaccionarían los jóvenes novelistas, pero que, a principios de los cuarenta pareció extenderse a todos los espacios de la cotidianidad española y que perduraría, pese a los embates de los novelistas, poetas y críticos literarios, en géneros como el de la novela radiofónica o el de la novela rosa o sentimental.

Rasgos, estos últimos, que hallamos de forma patente en el relato breve titulado «El Cordero Pascual», publicado por el semanario el 21 de diciembre de 1940, con

³ ESPINA, C.: «Río Duero», *Destino*, 172 (1940), p. 10.

motivo del número extraordinario para la Navidad. La melodramática historia de una pequeña, hija y nieta de cómicos ambulantes, que va a vender a su corderito para costear el entierro de su recién difunto abuelo ejemplifica a la perfección esta combinación de folletín literario y moral católica propia de Espina y tantos otros escritores del momento. A modo de botón de muestra, el final del relato:

Allá van los faranduleros camino adelante, dejando en el lodazal de la carretera el hondo surco de las caravanas humildes. Abandonan aquí penosamente el barro de una tumba, donde el maestro afronta el reposo de la eternidad, a los sones pascales de las chirimías y dulzainas, címbalos y tamboriles. Un viento húmedo y salado chasquea las ramas desnudas de los árboles; rugen todavía las olas entre las peñas: el fondo distinto y vario de todos los murmullos se oye el balido amoroso del cordero que acompaña a los pobres artistas, viajeros de la tarde gris.

Y aquella voz, perdiéndose en la línea turbia de la playa, tiene un acento alegre de piedad: es íntima, cándida y aguda como la nota de un cascabel...⁴.

Otro aspecto a destacar en los textos de Espina –tanto literarios como periodísticos– es su eminente voluntad catequizadora, su actitud de reivindicación de la victoria franquista como algo necesario para la redención de España. Veamos, a modo de ejemplo, el párrafo final del texto «Río Duero»:

Río Duero, que nos ha sido fiel como invicto adalid, sin perder ni una sola hebra de sus raudales en el terreno invadido por los demonios.

Y así contribuye, como agua bendita, a la exaltación de un linaje misionero en la nueva conquista de su independencia y de su glorioso destino.⁵

En cuanto a su singular forma de recrear literariamente la historia española, contamos con dos ejemplos publicados por la revista barcelonesa. Se trata del artículo «Cinco esmeraldas»⁶ y de «Camineros»⁷. El primero aprovecha las diversas leyendas articuladas en torno a la figura histórica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca para transmitir al lector su actitud ética y sus valores ideológicos sobre la patria, la sexualidad y el heroísmo. Antes de empezar, dota al conquistador de un carácter casi mítico y describe la época de la conquista como un tiempo de hechos sobrenaturales:

⁴ ESPINA, C.: «El Cordero Pascual», *Destino*, 179 (1940), p. 7.

⁵ ESPINA, C.: «Río Duero», *op. cit.*

⁶ ESPINA, C.: «Cinco Esmeraldas», *Destino*, 181 (1941), p. 7.

⁷ ESPINA, C.: «Camineros», *Destino*, 205 (1941), pp. 1-2.

Auroras del Descubrimiento, cuando España, arriba por el orbe, contó las mensuras casi astronómicas de una capacidad viril y supo encender en su cielo estrellas desconocidas.

Raza de bronce la suya en aquellos siglos de la creación milagrosa, que se confunde con la leyenda y hasta se diluye en la mitología, a la penumbra de los soles de hoy, menguados en general por un eclipse de los arrestos físicos y la divina inspiración, esta celeste gracia que debemos reconocer como la luz del mundo.⁸

Después de narrar las vicisitudes pasadas por Alvar Núñez en tierras americanas –relato propio de un folletín de aventuras–, se detiene ante una visión que horroriza a la novelista montañesa:

Veriles oscuros en el aspecto más sombrío de la existencia moral; hay aquí un poblado de indios entre los cuales Alvar Núñez percibe una «diablura», según él cuenta en páginas inmortales; parejas de hombres unidas, como en Sodoma, por vicios tórpidos.

El gran viajero, alma limpia y luminosa, no hubiera podido suponer que seres de tan ruin calaña, a quienes él define como «amarionados», lograrían vivir y aun extenderse algún día por tierras civilizadas.

Y el egregio español hizo la señal de la Cruz ante el miserable contubernio, para seguir caminando...⁹

Quizá se nos había olvidado precisar que el superhombre español auténtico debía ser, de forma radical y absoluta, heterosexual.

El último detalle que queremos destacar de este texto –auténtico filón de los valores ultramontanos, católicos, de la escritora– es el relato que une dos símbolos importantísimos para la Falange y el franquismo: los Reyes Católicos y el yugo y las flechas. Paradigmas, los primeros, de la unidad de España, de la religión católica y garantes del poder imperial del país en los dos siglos siguientes, ostentaron, junto con el nudo gordiano y el lema «Tanto monta», el emblema del yugo y las flechas, a partir de su unión. Falange retomó el símbolo, que, a su vez, sería representativo de toda la dictadura franquista. En el relato de Concha Espina, Alvar Núñez Cabeza de Vaca reivindica el señorío de los Reyes Católicos con cinco flechas y cinco esmeraldas –regalo de pueblos indígenas, esta vez heterosexuales–. Y concluye Espina:

Y desde entonces la piedra más valiosa del mundo adquiere un ético poder indecible, con las cinco flechas clavadas para siempre en los destinos españoles, como radiante lema de salvación.

⁸ ESPINA, C.: «Cinco Esmeraldas», *op. cit.*

⁹ *Ibidem.*

Porque siempre habrá en España hombres capaces de mantener un rútilo ideal de patriotismo; como aquel vidente de las cinco esmeraldas indestructibles y redentoras, agudas al través de los tiempos, de las sodomías y de los calvarios nacionales¹⁰.

El segundo artículo, «Camineros», pretende ser una reflexión, con el pretexto de la institución de los camineros, en torno de los valores supuestamente eternos de la españolidad: la vida austera, la caridad, el coraje, el sentido del deber, la fe católica... Culmina así el texto: «Porque imagino que sirven de cauce y andarivel a toda mi España, que ha vuelto íntegra y triunfal a sus majestuosos “camino reales”»¹¹.

Las dos crónicas «Flora de Berlín»¹² y «Flores en Alemania»¹³ se dedican a ensalzar la naturaleza, las costumbres y el urbanismo berlinés –y alemán, en última instancia– y, bajo ellas, late una admirada visión de las políticas del Führer. Espina describe una «raza firme y ruda», sugestionada totalmente por la retórica y la estética nazis:

Estoy segura de que en la reforma ornamental inaugurada solemnemente por el Führer-Canciller, no está excluido ni un pétalo del bosque germano, ni una quima de la selva clásica que da carácter y sugerencias a la robusta capital: escucho delicioso y consolador para el viajero, que en sus caminos más tristes busca siempre el latido de la naturaleza como un hálito inefable de Dios.¹⁴

Y mencionará de nuevo la cuestión racial en la segunda crónica: «Esta raza joven y formidable, que tiene el áspero vigor de la selva, tiene además, de un modo apasionado, la romántica devoción a las flores»¹⁵.

Bajo las más que probables alas protectoras de su madre, Josefina de la Maza (pseudónimo bajo el cual escondió su apellido real: de la Serna) iniciaría también en 1940 su colaboración en el semanario *Destino*. Alcanzaría una notoriedad inferior –también fue inferior su talento– a la de su madre, con algunos relatos infantiles (como *Cuentos de la mamá: para niñas*¹⁶ o *Éranse una vez... Las catorce obras de*

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ ESPINA, C.: «Camineros», *op. cit.*, p. 2.

¹² ESPINA, C.: «Flora de Berlín», *Destino*, 201 (1941), p. 11.

¹³ ESPINA, C.: «Flores en Alemania», *Destino*, 209 (1941), p. 2.

¹⁴ ESPINA, C.: «Flora de Berlín», *op. cit.*

¹⁵ ESPINA, C.: «Flores en Alemania», *op. cit.*

¹⁶ Publicados por M. Aguilar (Madrid) en 1945.

*misericordia*¹⁷, de evidente carácter catequístico), con colaboraciones en prensa, una biografía sobre su progenitora (*Vida de mi madre Concha Espina*¹⁸) y otra sobre una de las figuras que más impresionaría a la escritora, *Vida de San Juan de la Cruz*¹⁹, tema que compartiría con uno de los últimos artículos que publicaría Josefina de la Serna en *Destino*, «El místico Juan de Yepes»²⁰.

También en esta ocasión, las colaboraciones firmadas por Josefina de la Maza ofrecen cierta heterogeneidad genérica: ensayo histórico (sin apego a la verdad histórica), relato breve o artículo de opinión. Los textos de carácter historicista dan cuenta de las lecturas y figuras insignes para la hija de Concha Espina: un retrato de carácter patriótico sobre Miguel de Cervantes, en «Este que honró con su apellido España»²¹ y otro sobre Lope de Vega²²; el recuerdo de los años barceloneses de Marcelino Menéndez Pelayo, en «Altísima de Amor Filosofía»²³; el ya citado texto sobre San Juan de la Cruz²⁴; y su última publicación en *Destino*, «Gaspar Melchor de Jovellanos»²⁵.

Además de la poca veracidad histórica de los datos apuntados en sus artículos, cabe destacar la –en la época habitual– mezcla de valores tradicionalistas y católicos, y la atención a lo sentimental –que también habitualmente caía del lado de lo cursi–. En la mayoría de estos retratos, Josefina de la Maza centra su atención en los amoríos de cada uno de los personajes, en lugar de reivindicar su figura por aquello que los había convertido en seres atemporales y eternos: su trabajo, su talento, su creación literaria.

Este sentimentalismo tiñe el tono y los temas de todas las demás colaboraciones que hemos registrado en la revista barcelonesa. Así se descuella la redención final de Don Juan Tenorio –vía Zorrilla, obviamente– frente a la grandeza trágica de sus pecados en vida, en el texto titulado «Don Juan Tenorio»²⁶; se describe el arrobamiento místico de una moza madrileña al paso del Viático en «Un golpe de abanico»²⁷; el

¹⁷ Editados por Brouwer&Cía (Bilbao), en 1948.

¹⁸ Publicada dos años después de la muerte de la escritora santanderina, por Ed. Marfil (Alcoy), en 1957.

¹⁹ Aparecería en Editora Nacional (Madrid), en 1947.

²⁰ MAZA, J. de la: «El místico Juan de Yepes», *Destino*, 244 (1942), p. 7.

²¹ MAZA, J. de la: «Este que honró con su apellido España», *Destino*, 203 (1941), p. 11.

²² MAZA, J. de la: «Lope de Vega», *Destino*, 215 (1941), p. 7.

²³ MAZA, J. de la: «Altísima de Amor Filosofía», *Destino*, 200 (1941), p. 10.

²⁴ MAZA, J. de la: «El místico Juan de Yepes», *op. cit.*

²⁵ MAZA, J. de la: «Gaspar Melchor de Jovellanos», *Destino*, 280 (1942), p. 7.

²⁶ MAZA, J. de la: «Don Juan Tenorio», *Destino*, 164 (1940), p. 7.

²⁷ MAZA, J. de la: «Un golpe de abanico», *Destino*, 167 (1940), p. 10.

extraño cristianismo de una niña negra en Nueva York, en «La niña negra»²⁸; o el melodrama de tres ancianitas que acaban adoptando a una niña harapienta en «Las tres hermanas grises»²⁹.

El conservadurismo de Josefina de la Maza se nos dispensa en multitud de fragmentos a lo largo de estos textos. Es sorprendente, quizá, a ojos del lector de hoy, que una mujer tenga una concepción de lo femenino tan cercana de la visión patriarcal que, por otro lado, inundaba el ambiente social de la España de la época. Así, en «Un golpe de abanico»:

Íbamos pensando en el excesivo impulso exterior de nuestro pueblo, en la excesiva pintura de las muchachas, en el excesivo taconeo, en la excesiva disminución de los vestidos, en el excesivo, en fin, alarde pagano y «gentil» de la española.³⁰

O una concepción racial que hoy sería políticamente incorrecta, ante la visión del protagonista de «La niña negra» al entrar en una casa de gente antillana de color, en pleno barrio del Bronx en Nueva York:

Y el muchacho hace girar, en su pálida mano hidalga, el puño de la cerradura: cede una puerta. En su vano se recorta la figura de Carlos. Y Carlos ve un espectáculo sin igual. Es una sala grande, de suelos fregados, de paredes lisas: está llena de gente negra. Hombres a los que su ascendencia «carabalí» ha dado unos ojos inconfundibles, con una expresión patética de puro sencilla. Mujeres maternas, amplias, sensuales, rientes. Niños maravillosamente bonitos, como muñecos de bronce. Una ancha bondad animal, una gran ternura, un hondo lirismo los envuelve. Todo lo ve Carlos o lo intuye muy de repente³¹.

Los fragmentos anecdóticos llenarían demasiadas páginas. Los dos casos de Josefina de la Maza y de su madre, Concha Espina, se inscriben en una constelación de escritores y periodistas que, durante el primer quinquenio, llenaron las páginas color «de pan de racionamiento» del semanario *Destino*, siendo este vocero de las voluntades del régimen y estando todavía enlazado de forma sólida con figuras importantes de Falange. La sabia habilidad de los periodistas y escritores aglutinados en torno a *Destino* fue saber captar los latidos de su época y saber proporcionar a sus lectores aquello que querían leer. Dirigido a la clase media barcelonesa, el semanario

²⁸ MAZA, J. de la: «La niña negra», *Destino*, 231 (1941), pp. 6-7.

²⁹ MAZA, J. de la: «Las tres hermanas grises», *Destino*, 242 (1942), p. 14.

³⁰ MAZA, J. de la: «Un golpe de abanico», *op. cit.*

³¹ MAZA, J. de la: «La niña negra», *op. cit.*, p. 7.

evolució hacia un tipo de publicaci3n –heredera de las grandes revistas barcelonesas de anteguerra, como *Mirador*, y, a su vez, tambi3n de las grandes revistas ilustradas de la segunda mitad del siglo XIX, como *Arte y Letras*– de informaci3n variada, fuerte hincapi3 en la secci3n cultural y tono conciliador y europeísta. No obstante, creemos importante reivindicar a modo de testimonio la existencia de una ret3rica, de unos discursos directamente vinculados con los discursos del poder vigente, que pretendían catequizar, fidelizar a una poblaci3n reci3n salida de la guerra con quiz3 m3s miedo que convicci3n en la victoria franquista.